

El arte de matar dragones

Ignacio del Valle

EL ARTE DE MATAR DRAGONES

algaida
eco

La novela *El arte de matar dragones*,
de Ignacio del Valle, resultó ganadora
del XXII Premio de Novela Felipe Trigo.

© Ignacio del Valle, 2003, 2009
© Algaida Editores, 2003, 2009
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9877-185-5
Depósito legal: NA-28-2009
Impresión: Rodesa, S. A.
(Rotativas de Estella, S. A.)
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prefacio.....	11
---------------	----

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1: La estrategia de la aproximación indirecta.....	17
CAPÍTULO 2: La formación de la serpiente.....	37
CAPÍTULO 3: Cuando las vírgenes eran putas....	63
CAPÍTULO 4: La lírica de la tortura	83
CAPÍTULO 5: El marfil de la torre.....	105
CAPÍTULO 6: El genio del lugar	121
CAPÍTULO 7: Ladrón.....	137
CAPÍTULO 8: El sexo de las princesas	159
CAPÍTULO 9: Profundidad de las almas	185
CAPÍTULO 10: Secretos obvios.....	219

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 11: Los mitos según Newton.....	241
CAPÍTULO 12: La mala ortografía de los dragones.	283
CAPÍTULO 13: Caperucita al sol.....	317

CAPÍTULO 14: Si yo fuera el invierno sombrío...	345
CAPÍTULO 15: Metodología del azar.....	381
CAPÍTULO 16: Badajoz capital Madrid	429
CAPÍTULO 17: El arte de matar dragones	463

A mi madre, que tantas
veces robó el fuego para mí.

*Y es la imagen del dragón lo que hace tan hermosas
las pupilas abstractas de la virgen.*

JOSÉ MARÍA PARREÑO, *Las reglas del fuego*

PREFACIO

LA LÍNEA CAUDAL DE LA FRONTERA FRANCESA SE había convertido desde hacía un mes en un escenario de separaciones dramáticas, decisiones irrevocables y últimos pensamientos. Y los funcionarios galos que ejercían su policía, en el silencioso auditorio de aquella otra España roja que, en un gota a gota de hombres, huía de la depuración nacional. Soldados y civiles malvestidos y malcomidos se coagulaban frente a las garitas de las aduanas, hostigados por los aviones que seguían su rastro. La multitud lo infestaba todo. Delante se les presentaba una travesía infinita para sus flacas fuerzas; detrás quedaba el borde de una edad que se cerraba para siempre.

La noticia del cruce de la frontera del gobierno republicano apenas diez días después de que las tropas franquistas entraran en Barcelona, había acelerado el tránsito. El espectáculo de la carretera desde un par de kilómetros antes de La Junquera resultaba desolador: coches y camiones abandonados, bidones de gasolina, cadáveres... Los cuerpos, como casas de nadie, continuaban

su camino decididos no tanto por tener un claro destino como por una necesidad perentoria de huir. Aquí y allá se aislaban estampas que resumían en un par de trazos toda aquella derrota: un hombre abrazado con firmeza a un muerto, como si temiese que alguien se lo fuera a robar; una madre empeñada en amamantar la boca quieta de un bebé; un individuo barbudo arrastrando un sillón.

Algo apartados, en una linde descampada, cuatro hombres contemplaban el laborioso trabajo de la muerte. Miraban y remiraban sin saber qué hacer. En el centro del semicírculo, otro individuo yacía con la cabeza apoyada en un macuto. Un reguero de sangre le caía del cuello. Los silbidos encharcados que se escapaban por el agujero practicado en su tráquea no hacían más que acentuar la impotencia del corrillo. Era una muerte estúpida. Apenas media hora antes compartían unos pedazos de pan empapados en aceite, aceitunas y una bota de vino. Cuando le pasaron la bota al ahora moribundo, la hinchó de un soplido y dejó que un hilo escarlata inundara su boca. Nadie, ni siquiera él, intuía que aquel sería su último trago. A puñaditos, se fue llenando de nuevo la boca con aceitunas, escondiéndose del frío en una piojosa manta cuando, de súbito, se levantó descompuesto y echó las manos a la garganta. Congestionado, con las venas a punto de explotar, cayó desplomado. Los hombres se arre-

molinaron a su alrededor e intentaron en vano sacarle la bola de comida que se le había atorado. Su rostro seguía adquiriendo una tonalidad azulada y uno de ellos, apuradísimo, sacó una navaja y ordenando que le sujetasen, intentó practicarle una incisión por debajo de la nuez. El estropicio que causó hizo que mudara el gesto y se detuviese. Se levantó en silencio. «Eso es todo», dijo. Los demás comprendieron y se irguieron; si hubieran sido hombres capaces de llorar, lo hubieran hecho, pero el único tributo que le fue rendido fue acomodar su cabeza sobre un macuto.

Y el charco de sangre crecía como un ser vivo.

Delicado, con esa delicadeza torpe de quien no la ha usado en mucho tiempo, uno de los hombres puso su mano en un brazo del que apretaba la navaja. «Habría que decir algo, una oración, algo», dijo.

El otro lo buscó y lo fulminó con la mirada.

—Qué oración ni qué hostias, si es anarquista —le respondió.

—Algo habría que decir —insistió.

—Pues di algo alegre, joder, las oraciones son tristes, la religión es triste y este era un tipo alegre que amó, luchó...

El hombre fraseó igual unas oraciones. El moribundo, con los ojos ya en blanco, pareció reaccionar e incorporarse un poco.

—¿Ves? —le reprochó—. Cuando llega la Gran Puta no hay ateos —y continuó con sus preces.

Desde el pequeño taifa de su muerte, el yacente le sonrió. Una sonrisa devastada de dientes, de una alegría infantil. Extendió su mano y, cuando el suplicante fue a tomarla, levantó con saña su dedo corazón de muerto. Rígido, muy rígido. Después ya pudo ser lo que era. Ya fue nada.